

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

Eugenio Vegas Latapie: LA FRUSTACION EN LA VICTORIA. MEMORIAS POLITICAS 1938-1942 (*)

Aunque han transcurrido diez años desde su fallecimiento, Eugenio Vegas no necesita presentación en estas páginas de las que fue cofundador (1). Tras reiteradas peticiones de sus amigos, se logró vencer su resistencia para que escribiera sus memorias, y en 1983, apareció el primer tomo, que concluía el 18 de julio de 1936 con el Alzamiento nacional (2); en 1987, casi dos años después de su muerte y bajo el impulso de su mujer, Leonor López de Ceballos y Eraso, se publicó el segundo tomo que, continuando el anterior, fundamentalmente abarcaba desde el 19 de julio de 1936 hasta el principio de 1938; lo había dictado a

(*) Prólogo de Emilio de Diego, Editorial Actas (Islas Molucas, 32), Madrid, 1995, 17 x 24 cm., 540 págs., 3.600 pesetas.

(1) Para los últimos suscriptores y para quienes lean estas páginas sin serlo, me remito al último número de nuestra revista, en la que, con motivo del décimo aniversario de su muerte, aparecen artículos de Juan Vallet de Goytisolo, Gabriel Alférez, Francisco de Gomis, Francisco José Fernández de la Cigoña, Miguel Ayuso y Estanislao Cantero, *Verbo*, núm. 337-338 (agosto-septiembre-octubre 1995), págs. 687-768.

Para quienes se interesen por su figura y su obra, además de sus libros y artículos, puede verse el número 239-240 (octubre-noviembre-diciembre 1985) de *Verbo*, publicado en su homenaje con ocasión de su muerte, con una breve antología de su obra y artículos de J. Vallet de Goytisolo, Jean Ousset, Demetrio Pérez, Rafael Gamba, G. Alférez, Francisco Canals, F. de Gomis, F. J. Fernández de la Cigoña, José Antonio García de Cortázar, Andrés Gamba, M. Ayuso y E. Cantero, o en el volumen *Eugenio Vegas Latapie. In memoriam*, Speiro, Madrid, 1985, 238 págs. También, J. VALLET DE GOYTISOLO, «Eugenio Vegas y las "derechas" españolas», *Verbo*, núm. 247-248 (agosto-septiembre-octubre 1986), págs. 856-868; F. J. FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA, «¿Cruzada o guerra civil? La perspectiva de Eugenio Vegas», *Verbo*, núm. 247-248 (agosto-septiembre-octubre 1986), págs. 869-889; IDEM, «Recuerdo de Eugenio Vegas Latapie», *Verbo*, núm. 251-252 (enero-febrero 1987), págs. 133-145; E. CANTERO, «Democracia orgánica, viabilidad del modelo político y utopía en Eugenio Vegas», *Verbo*, núm. 243-244 (marzo-abril 1986), págs. 478-490.

(2) *El suicidio de la Monarquía y la Segunda República. Memorias políticas*, Planeta (Colección Espejo de España), Barcelona, 1983, 328 págs.; reseña, E. CANTERO, *Verbo*, núm. 217-218 (julio-agosto-septiembre 1983), págs. 984-989.

Francisco José Fernández de la Cigöña, y se ocupó del cuidado de la edición Pablo Beltrán de Heredia (3).

Este tercer y último tomo, publicado en su sección de Historia por la benemérita editorial Actas —que está creando un rico fondo editorial, tanto en esta sección, especialmente con las obras dedicadas al carlismo, como con la jurídica— a cuyo frente se encuentra Luis Valiente, también fue dictado por Eugenio Vegas a Francisco José Fernández de la Cigöña, que se encargó de la transcripción de las cintas —que conserva—, y cuya redacción revisó Vegas; del cuidado de la edición se han ocupado su hija, Leonor Vegas Latapie, y el editor, Luis Valiente, incorporando fotografías y reproducciones fotográficas de documentos.

Comprende este volumen el período de fines de 1937 a 1942, año en el que se produjo su intento de conspiración contra Franco para traer la Monarquía tradicional y en la que intentaba comprometer a todos los generales de prestigio, y que al descubrirse y fracasar cuando se preparaba, motivó su marcha a Suiza. Desgraciadamente para la historia y para la curiosidad de los lectores, la dejó tan sólo insinuada pues cuando iba a comenzar a relatarla, se dedicó a revisar con Pablo Beltrán de Heredia el segundo tomo; después, la enfermedad y la muerte le impidieron continuar. Recuerdo perfectamente mis observaciones de aquellos días a Paco Pepe Fernández de la Cigöña, en las que intentaba que le acuciase para que, antes que nada, terminase ese relato; su amistad y delicadeza le impidieron hacer tal gestión, que habría sido totalmente inoportuna, pues por una parte significaba retrasar su ilusión por ver publicado el segundo tomo, y por otra, implícitamente, suponía decirle que parecía que le quedaba poco tiempo de vida.

En este volumen, como en los anteriores, lo que destaca sobre cualquier otra cuestión es la dimensión moral de su autor. Eugenio Vegas Latapie, me lo comentaba recientemente Gonzalo Muñiz, era un gigante en su talla moral. Uno de esos pocos hombres que sólo la entrega sin fisuras a un ideal hace sobresalir sobre los demás, adquiriendo dimensiones extraordinarias cuando ese ideal lo constituye Dios Nuestro Señor, pues, por encima de cualquier otra, su fidelidad fue para El. Y no se crea que esto es pura hagiografía, fruto de una admiración desmedida hacia el amigo y maestro. Con ocasión de su muerte diversos autores, amigos o no, han resaltado este aspecto en sus artículos publica-

(3) *Los caminos del desengaño. Memorias políticas, 1936-1938* (Prólogo de Fausto Vicente Gella), Tebas, Madrid, 1987, 530 págs.; reseña, E. CANTERO, *Verbo*, núm. 257-258 (julio-agosto-septiembre 1987), págs. 993-996.

dos en la prensa (4). Y toda su actividad política lo refleja. Así, el que siempre se identificó con el pensamiento político tradicional y lo defendió continuamente, que fue partidario de la instauración de la Monarquía tradicional en la rama alfonsina por creerla la única con verdaderas posibilidades, no duda en afirmar: «Si mañana sentado en su trono Juan III se nos revela un nuevo Enrique VIII o un Federico de Prusia, yo, monárquico de siempre, lucharía contra el nuevo Enrique o Federico» (en carta a José María Pemán de 21 de septiembre de 1938, pág. 68). O al hablar de su postura ante el carlismo —que siempre deseó y trabajó para que reconociese a D. Juan como único pretendiente capaz para establecer la Monarquía tradicional— indica: «Mi posición dinástica era puramente práctica. A mi me importaban los principios y no las personas. A las que quería al servicio de esos principios. Mi ideología era evidentemente tradicionalista. Y si la dinastía carlista hubiera tenido en esos años posibilidades de reinar en España, yo hubiera estado a su lado. Pero no sólo no tenía posibilidades: además, no tenía rey. De ahí todos mis intentos para que el único rey posible asumiera esos principios» (pág. 150).

La fidelidad a esos principios, precisamente por ello, pues unos eran principios divinos y otros principios verdaderamente humanos, lejos de hacerle intransigente con las personas, le hacían «humanísimos». Así podemos verlo, por ejemplo, en su comportamiento en Ceuta como Capitán Auditor (pág. 416) y en los Consejos de Guerra en que intervino (págs. 93-97), en su etapa de legionario en la 11 Compañía de la IV Bandera (págs. 46-49) o en su correspondencia, franca y sin tapujos, con D. Juan (págs. 80-86; 150-151; 193-195; 226-228; 248-252, etc.).

Naturalmente que unas *Memorias* no son el Evangelio. Tampoco éstas. Pero como ya indiqué al hablar del primer tomo, la dosis de subjetivismo que entrañan sus juicios, muchas veces acompañados de la advertencia de que determinado extremo no pudo comprobarlo —cuando lo relatado no lo vivió directamente sino que le fue dicho por otra persona—, a la que es imposible escapar cuando se relata la propia vivencia, no llega a empañar

(4) Cfr. «Ilustraciones con recortes de periódicos», *Verbo*, núm. 239-240, págs. 1.208-1.242, o en *Eugenio Vegas Latapie. In memoriam*, ed. cit., págs. 204-238. Por eso me parece un gran acierto del editor el haber reproducido en la contraportada un juicio de S. M. Juan Carlos I sobre Eugenio Vegas, que reproduzco: «Cuando digo que Eugenio Vegas era un hombre maravilloso no tengo la impresión de exagerar. Sus enemigos (todos los hombres honestos los tienen) han dicho de él que vivía en el pasado. Quizá era verdad, porque el rigor moral ya no es virtud de nuestro tiempo».

la veracidad del autor, pues, pese a tratarse de unas *Memorias*, su objeto no es una justificación personal ni un *descargo de conciencia*. Quien no le conoció, que podrá estar o no de acuerdo con sus ideas y con sus juicios, sin embargo, creo que no podrá dudar de su veracidad, puesto que en ellas, es evidente, no busca congraciarse con nadie.

Si el título del segundo tomo, *Los caminos del desencanto*, resalta el mensaje que Eugenio Vegas quiso transmitir, de su desánimo y desaliento ante lo que se iba fraguando en la España nacional —compartido por el Cardenal Gomá: «Señor Vegas, esto va muy mal»—, el de este tercer tomo, *La frustración en la Victoria*, expresa diáfanoamente su pensamiento y su estado de ánimo en aquella época, al ver que la esperanza que se había puesto en el Alzamiento para ver restaurada e instaurada una sociedad y un Estado católicos con su Monarquía tradicional, se alejaba más y más conforme iba pasando el tiempo.

En este volumen se ve con claridad la imposibilidad de la reaparición de *Acción Española*, por la falta de permiso para ello —en realidad era una prohibición—, contra toda lógica, puesto que había defendido el golpe militar antes del mismo, la doctrina que el nuevo Estado decía profesar y gran parte de sus hombres, o estaban en el frente, o habían muerto en él, o habían sido asesinados, como las egregias personalidades de Calvo Sotelo, Ramiro de Maeztu o Víctor Pradera. La dificultad para publicar nuevos libros o reeditar los que la República no había prohibido. Todo ello, señala Eugenio, por la voluntad, expresa o tácita, de Serrano Suñer. Tampoco faltan las críticas a éste —diputado de la CEDA al producirse el Alzamiento y ajeno a la conspiración— y a sus colaboradores como Ridruejo —delegado nacional de prensa—, Lafín o Tovar, falangistas de última hora, que lejos del combate se erijían en directivos del nuevo régimen desde la retaguardia. Interesante, a este respecto, la carta que un grupo de oficiales dirigió a Dionisio Ridruejo en el año 1940. O el panfleto escrito por Areilza por los sustanciosos sueldos que percibía Serrano Suñer.

El comportamiento de hombres como Sañz Rodríguez, Serrano Suñer, Pemán, Areilza, Castiella, Don Juan o Alfonso XIII, en algunos aspectos, aparece a través de la correspondencia de Eugenio Vegas con D. Juan, la de éste con él y con otras personalidades de la época —entre ellas D. Javier—, su carta a Alfonso XIII proponiéndole la abdicación, así como una carta de Queipo de Llano en la que enjuicia la situación española en el año 1941. O una carta de 1942 del general Yagüe a D. Juan

sobre la situación en España. Igualmente resultan de sumo interés sus informes a D. Juan sobre la situación española, en los que da cuenta de las exigencias de los generales a Franco y que no tendrían resultado alguno para la causa monárquica. Su proyecto de constitución, con una extensa exposición de motivos. O sus intentos para que las dos ramas dinásticas, con la profesión de los principios católicos de la monarquía tradicional, se unificaran en D. Juan. O la censura del Régimen a una Pastoral del Cardenal Gomá.

En fin, dar cuenta detallada de este volumen, resulta imposible. Ni siquiera cabe reproducir su extenso índice. La obra contiene, además, un capítulo redactado por la editorial sobre la base de un libro inédito de Gabriel Alférez y diversa documentación de Eugenio Vegas, que incluye cartas a D. Juan, las respuestas de éste y correspondencia con el general Muñoz Grandes, que abarca desde 1942 a 1948, año en que abandonó la política (págs. 331-407). Un capítulo monográfico de Eugenio Vegas sobre la masonería y el Alzamiento nacional, que por su extensión se ha desgajado del *iter* temporal de las *Memorias* (págs. 409-444) y un Apéndice documental con documentos diversos (págs. 445-520). Incluye, además un utilísimo índice de nombres (págs. 521-534).

Naturalmente, después de leer este tomo, y releer los dos anteriores, me vienen a la memoria las palabras referidas al Cid: «¡Dios, que buen vasallo si hubiese buen señor!», de toda justicia si nos limitamos al plano meramente humano, aunque totalmente fuera de lugar si nos remontamos a la causa de sus afanes, que no fue otra que Cristo Nuestro Señor.

Para decirlo con palabras de quien no le conoció ni tiene estrechas afinidades con su pensamiento político, como indica en el prólogo el profesor de Historia Contemporánea, Emilio de Diego, «se trata de un texto más rico y polémico que la mayoría de los de la misma naturaleza que han visto la luz en los últimos tiempos». Su lectura resulta obligada para todos los que quieran conocer mejor ese período de la historia de España y, especialmente, para quienes se consideran de algún modo continuadores o partícipes del pensamiento tradicional español. A unos y a otros les incitará a leer, si no lo han hecho, los tomos anteriores. Además, su lectura ágil y francamente amena, además de la cuidada impresión, me permite afirmar que es de los que «se leen de un tirón».

ESTANISLAO CANTERO.